

## Joan Maragall, setenta años después

A los setenta años de su muerte, se publica una reedición de la obra completa<sup>1</sup> de Joan Maragall (1860-1911), que me ha proporcionado la facilidad material de cumplir un viejo y siempre aplazado deseo: el de leer entero y seguido al gran escritor barcelonés. Mis lecturas eran fragmentarias, e interesadas sobre todo en su poesía y en su poética. He podido completarlas ahora, y ensancharlas con sus varios centenares de artículos y con su rico epistolario. Pues bien, con ser mucha la emoción estética que el poeta total me ha deparado, no ha excedido, tal vez por no ser nueva, a la que el articulista me ha hecho sentir en esta hora española (me refiero, claro, a sus escritos políticos), hora que, en cierta parte, parece aún medida por su propio reloj.

No creo que ningún español interesado en los rumbos de nuestro país deba eximirse de la lectura de esos cientos de páginas, en que el «problema catalán» está expuesto con nitidez de gota de agua, transparente en su, a veces, vacilante temblor. Esa parte de la obra maragalliana rio sólo contiene la aportación personal del autor a la fundamentación del catalanismo moderno, sino que acoge, por absorción o simple eco, la de otros fundadores, desde Prat de la Riba a Cambó, pasando por Corominas o Duran y Bas. No hay, pues, quizá, camino más luminoso que el de estas páginas para penetrar con pie firme en asunto tan grave. Está trazado, además, con pluma mágica.

No parece difícil percibir en su pensamiento aquel temblor de que ahora mismo hablaba, compatible con la transparencia. Se debe a dos tensiones contrapuestas: una aversión a la muerte que la España castellana o castellanizada representa, y el incontenible anhelo de vida que empuja a Cataluña. Entre esos dos polos, que no permiten opción, Maragall fue tejiendo, sin embargo, el hilo de una propuesta que superara intelectual y emotivamente aquel antagonismo. Ese fue su anhelo: no rendirse a la solución tajante, la de una separación definitiva, por muy perceptibles que le parecieran la luz de un polo

<sup>1</sup> *Obres completes*, segunda edición en dos tomos de Biblioteca Perenne. Volumen I, obra catalana, con prólogo de Josep Carner; volumen II, obra castellana, prologada por Pedro Laín Entralgo. Barcelona, Editorial Selecta, 1981.

y las tinieblas del otro. Y, sin embargo, las cambiantes circunstancias de la vida española —con el terrible 98 en medio— le hicieron rondar no pocas veces la decisión de romper el nudo gordiano. Pero otras tantas su espíritu tendió a la armonía, a la busca desesperada de un ideal de convivencia, que dejara intactas, por supuesto, la esencia y la presencia de Cataluña. Su ánimo —tan noble, humano y recto— vivió tensado por esa busca, que era resultado de la voluntad más que de instinto espontáneo, sin duda menos proclive al equilibrio. Su amigo F. Cambó, que tan bien lo conoció, notó que, en las vísperas del desastre colonial, experimentó un «pesimismo separatista». Después, asegura, «siempre que se produjeran momentos de comprensión, siempre que un castellano representativo o un gran núcleo de no catalanes hablaba con simpatía de Cataluña, el temperamento efusivo de Maragall desbordaba, y su pasión por Cataluña se esparcía por España entera». ¿No es esta oscilación de sentimientos la que hoy se revela en una parte importante de la opinión política del Principado? Por cuanto es así, y por cuanto comprenderla es obligación ineludible para entender mejor los problemas españoles, una lectura atenta de Maragall se nos impone como deber cívico.

En el centro de aquella borrasca secesionista de su alma, cabe poner el artículo que escribió y no publicó en 1895, con el título de «La independència de Catalunya». Es una dramática mirada al polo oscuro de su contemplación, que denuncia ya en la primera línea: «El pensament espanyol es mort.» Desde ese postulado, la conclusión llega en seguida: «hem de desfer-nos ben de pressa de tota mena de lligam amb una cosa morta». En Madrid se han dado cuenta de que Cataluña vive intelectualmente, y de que está más cerca de Europa, por lo cual quieren atraerse lo mejor que produce para hacerlo pasar como si fuera la vida intelectual española. El poeta advierte a sus coterraños: no deben caer en el halago, y pensar que Madrid les dará más honra y provecho. Que se dejen traducir allí, que vendan sus pinturas «com podrien fer en qualsevol nació estrangera», pero nada más. Y que no piensen en la acogida madrileña cuando escriban otro libro o pinten otro cuadro. Paralelamente, hay que emprender una tarea de desvinculación ciudadana, actuando sobre los canales más directos de comunicación: el teatro y la prensa. El pueblo debe sentir como ajeno, porque lo es, el género chico, con sus flamenquis-mos y sus chulerías, los cuales significan el salto atrás de una raza decrepita «que, de mes a mes, no es la nostra»: valen, dice, mil veces más las «gatades» de Pitarra, las piezas de Manen, el humor barcelonés de Vilanova, incluso los arreglos del francés: su gracia, alta o baja, resulta al fin europea. Los saineti-llos madrileños o andaluces son sólo alardes estrambóticos de una tribu africana. En cuanto a la prensa, es necesario que cada uno haga un acto de voluntad, diciendo: «No llegiré cap periòdic de Madrid ni cap periòdic que inspiro el seu criteri en lo de Madrid.» Erdía en que tal ruptura se produzca, la independencia intelectual avanzará; y cuando se logre, «lo demás será lo de menos, i Catalunya formarà part d'Europa».

Es éste, nos parece, el momento más radical del pensamiento maragalliano: aquel en que rehúsa, sin el menor intento de sustituirla por otra, una

solución que era y seguirá siendo la de otros muchos catalanes: la de imponerse al resto para, así, ser ellos España. El consideró siempre esta posible línea de acción, aunque siempre para rechazarla, pero poniéndole más tarde la que veremos. Ahora —recuérdese: 1895— se limita a desestimarla con este razonamiento: Cataluña aún no es tan fuerte que pueda invadir; no es capaz de sustituir la fuerte tradición literaria y artística de la España muerta. Y el riesgo está en que quien intentara dominarla quedase dominado. La influencia de la instrucción oficial y de la cultura castellana «ens ha fet massa aptes a ésser penetráis per aquella tradició»; pero siendo ésta inasimilable, toda promiscuidad intelectual con los castellanos «siga per venir ells a nosaltres, o siga pe ranar nosaltres an ells, no pot ésser sino en detriment de la integritat i de l'evolució natural i propia del pensament cáatala». No hay, pues, sino el rompimiento de todo contacto; lo demás se dará por añadidura.

Este punto duro y firme de un pensamiento es de aquellos de imposible retorno, y nunca volvió a él Maragall. La impermeabilidad entre las dos culturas se le impuso como evidencia, y consideró siempre adherencias postizas los intentos de combinarlas. No titubeó, lo hemos visto, en combatir cualquier contacto por anecdótico que fuese (y el teatro y la prensa madrileñizantes eran quizá algo más que anécdota). Así lo veremos, en 1900, ridiculizando un cortejo de salida de toros, hecho en el Paseo de Gracia a semejanza de los habituales en la Corte o en Sevilla: «El desfile de la tarde de San Juan en Barcelona olía a muerto... Yo no sé por qué los catalanes nos ilusionamos a veces con la idea de ser en España una raza superior, si el día que nos proponemos hacer algo gordo en punto a manifestaciones de buen tono, salimos con una imitación tan desdichada.» O escucharemos sus trenos porque, en el pueblo donde veranea, se han programado funciones de género chico. Y lo curioso es que, en sus mejores momentos de sátira, aquellos en que el retrato de las costumbres roza la crueldad, aunque contenida por un enérgico freno moral, resuenan en el autor de *El comte Arnau* acentos muy claros de Larra, por quien siente una simpatía muy próxima a la de los escritores del 98, sus coetáneos de Castilla. No sería tarea ociosa rastrear la presencia de «El po-brecito hablador» en la concepción que del artículo periodístico —morfología y temas— tuvo el gran poeta.

Tratándose de un escritor, que además publicó centenares de páginas en castellano —casi seis veces más que en catalán, aunque, naturalmente, lo decisivo sea el verso—, tiene mucha significación para comprenderlo su modo de sentir la relación entre ambas literaturas. Desde sus postulados, no podía esperarse más que la proclamación de una total incomunicabilidad. También fueron en esto muy tempranas sus convicciones; en carta de 1881 a su amigo Joaquim Freixas, le confiesa: «Participo de tu entusiasmo por la literatura castellana, si bien mis aficiones me llevan con preferencia al estudio de otra a la cual debo y profeso mayor cariño, por ser la de la lengua en que balbuceé mis primeras oraciones.» Freixas le había hablado de «nuestra literatura», aclarándole entre paréntesis: «la castellana». Ese paréntesis, dice su correspondiente, le produce no sabe bien si tristeza o alegría, puesto que los transforma

en castellanos «sin merecerlo»; pero, a la vez, implica la posibilidad venturosa de que por «nuestra literatura» se entienda otra que no sea la castellana. «Sin embargo —prosigue—, no llego al absurdo de negar mi admiración a la hermosa lengua y espléndida literatura de Castilla», cuya altura alcanzó por haber «disfrutado de privilegio en España, donde tantas inteligencias superiores se han desarrollado».

Maragall admira la lengua y la literatura castellanas, pero no las ama, al menos en la medida en que quiere, por razón natural, las de Cataluña. Una y otra vez repite que no habla en la lengua en que escribe, y que a ésta llega siempre por traducción, y, por tanto, con enfriamiento de lo que siente en su lengua materna. Al rey mismo se lo dice, en un sonado mensaje de queja por el decreto de su Gobierno que, en 1902, impuso torpemente la obligatoria enseñanza del catecismo en castellano. Al dirigirse al monarca interpreta también el sentir de vascos y gallegos: «Si estas palabras que os decimos en el lenguaje oficial del Estado pudiéramos decíroslas y vos entenderlas en nuestro idioma vivo; si os pudieran hablar los catalanes en catalán, los vascos en vasco y los gallegos en gallego, ¡ah, señor, cuan otro sería el acento de nuestras palabras, cuánto más os penetrarían de nuestro amor y de vuestra grandeza!»

Cuando quienes lo admiran desde Madrid lo invitan a colaborar en sus revistas, acepta, pero con resistencia melindrosa: no conoce a aquel público y teme no comunicarse bien con él. Siempre esa actitud respetuosa, pero distante y tibia, ante la lengua oficial, y ese sentirse ajeno a su literatura, a pesar de militar también en ella, con méritos que unánimemente se le reconocen. Aquella literatura, por lo demás, no le interesa mucho en su juventud, clásicos aparte; tal vez le atrae, pero sin fervor, Caldos. La obra de los del 98 habrá de cautivarle paulatinamente, a raíz de sus primeros contactos con «Azorín» y con Unamuno, hacia 1900. El primero le había hecho llegar su libro *El alma castellana*, con título que le provocaría a una lectura atenta. No se conforma con ella: lo comenta en el *Diario de Barcelona*, confortándose ante aquel trabajo serio —¡por fin!— que le viene de la Corte, y que habla de la grandeza de Castilla y de su decadencia con sensibilidad y pulcritud. Para Maragall, el autor ha detenido la indagación demasiado pronto: su panorama tendría que abarcar hasta ese fin de siglo, tan angustioso. Pero «Azorín» ha sabido revelar el alma castellana, «que indudablemente ha podido llamarse el alma española por muchísimo tiempo». Ojalá surjan, piensa, otros buceado-res de otras almas por la Península: «quizás, combinándolas, los españoles adquiriéramos conciencia de una alma nueva, que buena falta nos hace». En breve carta al autor es aún más explícito: ha escrito, le asegura, una obra única en su género en España, «y que merece inaugurar una literatura nueva entre nosotros».

Lo nuevo, sin ser extranjerizante: he aquí el anhelo de Maragall, que él cree ausente de España, y que sí —pero, a veces, de modo extranjerizante— se realiza en Cataluña. De ahí su sorpresa ante aquella pléyade de escritores que están haciéndose notorios por entonces, reveladores de que no todo ha muerto en el espíritu español, aunque la vida oficial y política siga exangüe.

Por octubre de 1900 va a Madrid para asuntos del periódico en que colabora. «Azorín» es su introductor en los medios literarios madrileños durante aquellas tres semanas. Conoce a Baroja, Cossío, Díez-Canedo, Canalejas, Ortega Munilla, Martínez Sierra... Con todos ellos iniciará correspondencia continuada. En enero de 1901 agradece a «Azorín» los juicios que le han merecido sus *Visions i Cants*, y le corresponde «sobrecogido» por el *Diario de un enfermo*, admirado por el «temperamento especial» que Baroja revela en *Vidas sombrías*, e interesándose por Maeztu, que le impresionó mucho en unos breves minutos de charla. Empieza a preguntarse, le confiesa, «si ustedes, los de la nueva generación, han vuelto a encontrar, a fuerza de seriedad y sinceridad, el espíritu inmanente del arte castellano en un nuevo sentido de su lenguaje, el sentido de la sobriedad». Esa sobriedad que echaba en falta, con la excepción «tal vez» de Pérez Galdós, y cuya pérdida había traicionado «en su arte al alma castellana, austera y poderosa por su misma austeridad».

En este encuentro con una realidad que, pocos años antes, le parecía completamente vacía, el momento culminante es su «descubrimiento» de Unamuno. En carta de 1900, a raíz de la lectura de los *Tres ensayos*, le manifiesta con entusiasmo: «Nos hemos hecho amigos.» No lo proclamaba en vano: esa amistad será sólida y mutuamente compartida, hasta que, once años después, quede disuelta por la muerte de Maragall; «puro y glorioso Maragall» lo llamará su amigo en una emocionada evocación. Las relaciones entre ambos escritores han sido suficientemente estudiadas, y sería ocioso exponerlas aquí. Pero puede asegurarse que aquella intimidad tuvo como sustento una común y fuerte religiosidad —tan problemática en el vasco, tan enteriza y firme en el catalán— y una angustiada y sincera preocupación por el ser de España. Unamuno, en su elogio de 1934, renunció a tocar las cuestiones que los separaron; pero éstas fueron esenciales, y Maragall no las evitó ni en su correspondencia ni en público. La España una del primero chocaba frontalmente con la pluralidad de Españas del barcelonés. Al estímulo para que el Principado contagie de catalanidad el país, Maragall (1911) opone su conocida convicción de que aún no puede acometer Cataluña esa operación imperial: cuantos la han intentado, han resultado absorbidos; ni un rastro de su origen han dejado en la cultura española, desde Boscán. El nacionalismo necesita seguir siendo exclusivista; «de un exclusivismo, sin embargo, que no sea hostilidad entre hermanos, sino un ejercicio de íntima independencia, de dejarse en paz unos a otros, tratando sólo de entenderse en aquello más necesario a la convivencia en el Estado común». Gracias a tal movimiento, ahora ya se sabe que Verdaguer, Torras i Bages, Prat de la Riba, Cambó, Corominas o Gaudí son catalanes; «y por catalanes representan algo en la cultura y en la política españolas».

La exhortación unamuniana a que el castellano se sobreponga a las otras lenguas enciende la protesta de Maragall, que arguye contra ella con versos del propio rector salmantino:

*La sangre de mi espíritu es mi lengua.  
Y mi patria es allí donde resuena...*

«¿Podemos arrancamos esta lengua? ¿Podemos hacer nuestra, injertar en nuestra garganta y en nuestro corazón la gloriosa lengua de Castilla? (...). ¿Qué importa que usemos también la castellana? Si alguna alma sentís en ella cuando la hablamos, es el alma de la otra; sin ella, no nos oiríais siquiera (...). No, mi admirado don Miguel de Unamuno, amigo mío muy querido; no puede ser, no podemos tomar la lengua castellana 'como lengua propia', no podríamos hablar. Ahora nos damos a entender en ella porque la otra está dentro; y cuanto más firme y más fuerte la hagamos dentro, más nos daremos a entender en todas las lenguas. ¡Adentro! Usted ha dado vida a esta palabra en una obra breve, fuerte, inolvidable.»

La relación entre estos dos hombres tan dispares en cuestiones ideológicas decisivas muestra hasta qué punto la amistad necesita del talento para poder salvarse en la disparidad; sin el genio personal de los dos interlocutores, apoyado por una sinceridad mutuamente reconocida —y, en el caso de Unamuno, constantemente defendida por Maragall frente a quienes, en Barcelona, lo acusaban de *poseur*—, su contacto habría sido choque agreste y no confrontación civilizada y, en definitiva, fecunda. Los unía, además, idéntico desencanto ante la España castellanizada, en cuya pintura ninguno ahorró justos colores sombríos; como quienes ya escribían lúcidamente en Madrid. La guerra en Cuba y su fatal desenlace (¡cuánto recomendó Maragall el abandono digno y a tiempo de la colonia!) los conmovió a todos, pero el barcelonés contó con un camino de salvación personal que los otros, afincados en el trozo español más humillado, no poseyeron. Cada cual se aferró a lo que tenía. Los del 98, a lo castellano esencial, a su realidad no maleada por la política y el caciquismo, al viejo espíritu latente, al rescate de un idioma malbaratado. Del centro mesetario, de sus gentes sobrias y nobles, habrían de salir las fuerzas restauradoras de la España nueva. Maragall, lo hemos visto, admira ese movimiento capaz de reanimar a Castilla, pero en modo alguno puede conceder a ésta el papel de guía: su momento ha pasado. «El espíritu castellano —escribe en 1902— ha concluido su misión en España. A raíz de la unidad del Estado español, el espíritu castellano se impuso en España toda por la fuerza de la Historia: dirigió, personificó el Renacimiento; las grandes síntesis que integraban a éste, el absolutismo, el imperialismo colonial, el espíritu aventurero, las guerras religiosas, la formación de las grandes nacionalidades, toda la gran corriente del Renacimiento encontró su cauce en las cualidades del espíritu castellano; por esto España fue Castilla y no Aragón.» Pero aquella misión ha concluido, porque «la nueva civilización es industrial, y Castilla no es industrial; el moderno espíritu es analítico, y Castilla no es analítica; los progresos materiales inducen al cosmopolitismo, y Castilla, metida en un centro de naturaleza africana, sin vistas al mar, es refractaria al cosmopolitismo europeo; los problemas económicos y las demás cuestiones sociales, tales cuales ahora se presentan, requieren, para no provocar grandes revoluciones, una ductilidad, un sentido práctico que Castilla no solamente no tiene, sino que desdeña tener; el espíritu individual, en fin, se agita inquieto en anhelos misteriosos que no pueden moverse en el alma castellana, demasiado secamente

dogmática. Castilla ha concluido su misión directora, y ha de pasar su cetro a otras manos».

Frente a los noventayochistas, pues, que afrontan la empresa de activar un cadáver, el catalanismo de Maragall encuentra en el desastre su mejor razón y un ímpetu nuevo. Contra el «salvémonos juntos», levanta un «salvémonos por partes», en que cada una afronte sus propias responsabilidades. Cataluña, que se ha sentido injustamente tratada, mirada con sospecha en cualquier iniciativa, cree poder emprender su marcha más rápida y firme, puesto que está dotada de cualidades ausentes en el resto del Estado. Muchos atribuyen a egoísmo esa galopada propia que emprende: reniega de España ahora que la ve «caída y desangrada». Pero el poeta expone razones más hondas: el catalanismo es secular amor a la tierra propia, correlativo de un desamor a la España castellana, sentido por toda la sociedad del Principado; el catalán corresponde con «odio al empleado que le trata con altanería, al investigador que le amenaza y le explota, al polizone que le apalea, al aventurero que viene a disputarle el pan, a cuantos, en fin, le vejan o le estorban en nombre del Estado, que son precisamente los que le hablan castellano».

Maragall, a los cuatro años de la derrota, en este artículo desolado («El sentimiento catalanista»), anuncia la descomposición de la unidad, porque lo que queda de patria española en Cataluña es bien poco: la geografía, una historia común de cuatro siglos, los intereses creados y la inercia. Todo mucho menos fuerte que aquel sentimiento diferenciador. Pero éste no tiene por qué acabar en una separación, sino en una recomposición, si el sentimiento catalanista es tratado «como el mayor principio de vida que queda en España», y no se le combate, y si se alinean en su mismo sentido todas las fuerzas de cohesión que aún quedan. En definitiva, «sí, dándole la razón, se destruye lo que en él hay de desamor, convirtiéndolo todo en amor, que entonces no cabrá en Cataluña y habrá de extenderse por toda una España nueva». El gran escritor, lo vemos, está por esos años en el temple reservadamente afectuoso y explícitamente severo de su *Oda a Espanya* (1898):

*On ets, Espanya? — no et veig enlloc.  
No sents la meva veu atronadora?  
No entens aquesta ¡lengua — que et -parla entre perills?  
Has després d'entendre an els teus filis?  
Adéu, Espanya!*

De 1902 —año crucial en su pensamiento— es también el artículo «La patria nueva», que estuvo a punto de costarle la cárcel. En cierta medida, constituye un desarrollo del anterior. Ninguna región civilizada podrá ser sinceramente española, proclama ahora, mientras «decir política española equivalga a decir absorción, fraseología y administración contra el contribuyente entregada por el favor a tantos altaneros mendigos de levita». Lo que es vivo en España está gobernado por lo muerto; y ser españolista consiste en estar del lado de los vivos. Pero a éstos, en nombre del patriotismo, Madrid los

llama separatistas apenas hablan de conciertos económicos u organismos autónomos. Maragall no piensa ya sólo en Cataluña, pues la distinción entre regiones muertas y vivas no es geográfica. En otras más, alientan también ideales de pureza y de ahondamiento en su propia esencia. Esos ideales debe proyectarlos la juventud sobre la masa en un país casi africano, procurando «llenarse de amor por aquello que le repele». Para eso, el catalanismo debe hacerse heroico: ha de vencer el impulso de apartamiento, sus rencores y sus impaciencias, concentrándose en un amor a Cataluña, que será su forma de amar a España, y a cuya nueva configuración contribuirá, haciéndose excelente en todo, cuando se agrupe por afinidades con otras «pequeñas nacionalidades puras», sin mezclarse entre sí, pero «formando una hermosa variedad adaptada a la varia naturaleza de las tierras, con un lazo íntimo de amor que sea la única unidad de todos los pueblos del mundo».

Maragall, en el proceso de su pensamiento tal como lo tomábamos desde 1895, ha dado, parece, pasos importantes: de la singularidad excepcional de lo catalán ha pasado al reconocimiento de que otras fuerzas puján por la mejora de la nación, inspiradas en un ideal de pureza (ha mediado, no lo olvidemos, su viaje a Madrid, su contacto con otros hombres señeros). Y del aislamiento que entonces proclamaba, impregnado de «pesimismo separatista», ha llegado a esa casi mística contemplación de una España de las «pequeñas nacionalidades», fundada en el amor. Pero —insistirá constantemente en ello— sin que se pierda un adarme de fuerza en lo fundamental, que es la construcción de una Cataluña culturalmente poderosa. Cualquiera que sea su destino —«catalanizar» o federarse—, el rumbo pasa por el fortalecimiento de lo genuinamente catalán.

Los acontecimientos políticos y sociales determinaron, en un cierto momento, una toma de posición más neta del catalanismo: se le ha revelado definitivamente su misión en España; así lo afirma en un solemne artículo de 1906 titulado «El ideal ibérico», donde escribe: «Al catalanismo le ha parecido, ante todo, renovar en esta ocasión aquella declaración otras veces repetida, pero que los hechos o los sentimientos o los recelos desvirtuaban a cada momento, de que Cataluña quiere ser española, de que dentro de España quiere realizar la moderna evolución de su espíritu y su prosperidad material.» Pero la nación va a preguntarle qué aporta en esa decidida incorporación a la empresa común. Y ya no cabe responder con un repertorio de peticiones (Diputación regional, concierto económico, puerto franco, Universidad autónoma...), porque eso «lleva en sí un espíritu de diferenciación muy deprimente para España, que, si no es el separatismo absoluto, parece un separatismo moral preparación del otro; y al fin éstas pueden ser soluciones para Cataluña, pero no constituyen una nueva política española, que es la que España necesita y pide a los catalanes, que de tiempo alardean de más capacitados para ella, y que ahora han dicho que quieren ser españoles de veras». Tampoco puede llevar pretensiones hegemónicas: habría que aniquilar la preponderancia de Castilla, y Cataluña carece de peso demográfico y político para ello; su vocación nunca fue el dominio, sino el pacto.



Y ésta es la oferta que el catalanismo de Maragall hace a España: lo que en Cataluña hay de español, y que es el sentido de la variedad en la unidad, el de la libertad de los órganos todos de la patria, en vez de su unificación mecánica y estatista, ajena a nuestro ser histórico. Lo cual conduce a una solución federalista: «Ha llegado, pues, la hora de que Cataluña ponga en el aire peninsular este ideal, que llame a sí a todas las libertades ibéricas agrupadas según las modalidades en que naturalmente se han manifestado o vayan manifestándose, desde el tímido pero profundo sentimiento particular de raza de los gallegos, desde el reducido pero vivaz fuerismo vasco, desde el vago regionalismo de las poblaciones que se contentarían ahora con una descentralización administrativa más o menos extensa, hasta el resuelto autonomismo catalán, y que pueda también contener la tanto tiempo ha consumada, pero no perdurable, separación portuguesa, y aun los vislumbres del porvenir en África, o donde sea.»

Tal propuesta constituye, sin duda, la última fase del pensamiento de Maragall; es la que defenderá ante Unamuno, la que le inspirará varios artículos, y la que anima el emocionante «Himne ibéric», fechado en aquel año de 1906:

*Terra entre mar, Iberia, mar e aimada,  
tots els teus filis te fem la gran cançó.  
En cada platja fa son cant l'onada  
mes terra endins se sené un sol ressb,  
que de l'un cap a l'altre a amor convida  
i es va tornant un cant de germanor...*

Desde esa convicción, ya firmemente anclada en su alma, Maragall da pasos más audaces, puesto que ha logrado conciliar en su alma un catalanismo inmaculado con su españolía de una España nueva: «En una unidad geográfica como nuestra Península, el derecho a la variedad de las patrias naturales está condicionado por el deber de procurar, en la espontaneidad de cada una de ellas, la generación de los nuevos ideales comunes. Así, hay derecho a la libertad, pero no a la separación. Hay una patria común, una España grande que hacer. No la España grande del pasado, esta cosa muerta en cuyo nombre se nos quiere negar la libertad actual y viva, sino la España grande del porvenir, latente ya en el presente mismo», escribirá en 1909; y un año después: «Si hoy Cataluña se separara, arrastraría una vida tan miserable como Portugal y Castilla, peor que ahora.» Pero es necesario que los territorios diferenciados constituyan un espíritu propio diferenciado, como Cataluña está edificando el suyo, apoyándose en su lengua; en un escrito de réplica a Ortega exclama con acento dramático: «¿No me entendéis? Dios mío, ¿qué no daría yo porque me entendierais, porque nos entiendiéramos en castellano, en catalán, en lusitano (...). No me habléis más de civilización, ni de cultura, ni de ideales comunes superiores, ni habléis, en una palabra, de España si antes no habéis encontrado la manera de dármela toda, íntegra, natural, alma y cuerpo, trina y una, como su alma, como su espíritu, que quiere volar libre del Medi-

terráneo al Atlántico, sin obstáculos, sin fronteras, pero también —entended-lo— batiendo todas, todas, todas sus alas.»

Ese ideal, que contempla ya como si se hubiera cumplido su sueño profético, le ha dictado en 1908 su artículo «Visca Espanya!», con un título que es grito asumido por el catalanismo de Maragall, ahora que aquel ideal autoriza a lanzarlo con un nuevo sentido, bien lejano del trágico con que antes se le imponía: el de que España viva, el de que «els pobles s'alcin i es moguin, que facin per si mateixos, que parlin, i es governin i governin». El poeta pide que en Valencia, en Aragón, en Vasconia, en Andalucía surja el grito con aquel significado, de tal modo que quien no corresponda con otro viva será el verdadero separatista. ¿Españoles?, se pregunta Maragall ante los inmovilistas; «sí! mes que vosaltres». Porque esa España vitoreada es la que habrá arrumbado al caciquismo, al uniformismo administrativo contrario a su naturaleza, a la vaciedad de los viejos partidos, para que todo lo penetre la libertad de sus pueblos. «Així ha de viure Espanya. Visca Espanya!»

Creo que se buscarán en vano mayores concreciones de su pensamiento en este punto, porque, en definitiva, Maragall no es un político —evitó siempre serlo—, sino creador o recreador de sentimientos con independencia de su plasmación en acciones determinadas. ¿Cómo imaginaba la organización del país? Cuando ha asumido el ideal federalista, manifiesta no querer verlo encerrado «en el abstracto doctrinarismo del pacto y de una forma exterior de Gobierno», sino abierto a las variedades naturales que se integren para constituir «una fecunda unidad, que es fondo natural también de todas ellas». Se trata, sin duda, de la parte más oscura de su ideación: esa creencia en un ideal hispánico común a todos los pueblos españoles, que puede permitir sin riesgo el trazado de fosos entre los pueblos hermanos, cada vez más profundos, en la medida en que ahonden más en sus mutuas diferencias. ¿Es seguro que al fin se encontrarán con un subsuelo compartido?; ¿no ocurrirá que su «fecunda unidad» está menos lejos de la superficie y que el buceo la ha roto para producir un mero agregado de zonas incomunicadas?

Maragall vive en sus últimos años mentalmente ascendido a la contemplación de esa impalpable solidaridad, fundada en misteriosas y últimas afinidades y conseguida por el amor. Y no es que no cayera en la cuenta de que el sentimiento autonomista, necesario para alcanzar una confederación, carecía de fuerza en la mayor parte de las tierras españolas: vimos cómo en *El ideal ibérico* hablaba del «vago regionalismo» de poblaciones que ahora tendrían bastante con una descentralización administrativa. Ya en 1893 (*La vida regional*) vituperaba a los políticos que luchaban, por torpe envidia o por afán uniformador, contra los privilegios de algunas comunidades, cuando éstos son conformes a razón, ya que «hay seres naturalmente privilegiados». A la vez advierte: «Tampoco los regionalistas deben caer en el extremo opuesto, pidiendo autonomías uniformes en nombre de otra igualdad de fantasía.» Por lo que concluye con una especie de lema que el catalanismo ha hecho suyo hasta nuestros días, y cuyo rechazo en los últimos tiempos ha conducido, ahora se ve, al caos de las autonomías: «El regionalismo debe ser sólo para las regio-

nes *regionales*.» Repetirá esta idea en 1896: «Que los vascongados, los navarros, los catalanes, al sentirse aptos para una cierta autonomía y necesitados de ella para el desarrollo natural de su genio nacional dentro del Estado español, pidan una construcción regional para toda España nos parece muy generoso, pero muy poco meditado.» Todavía cuatro años más tarde, comentando el libro de Salvador Golpe *Patria y región*, reiterará su idea: el autogobierno sólo debe ser alcanzado por provincias que formaron parte de antiguos Estados independientes o que se sientan realmente poseedoras de un espíritu distinto al que anima al Estado político español. Combinando esta convicción con aserciones esparcidas por su obra puede reconstruirse el mapa confederado de Maragall: Galicia (con Portugal), el País Vasco, Cataluña y Castilla; esa Castilla que está renaciendo en unas cuantas mentes preclaras y que habrá de aglutinar a las demás regiones sin verdadera vocación autonomista.

Queda el problema, repetimos, de la trabazón de estas piezas, que parece remitido a su coincidencia en la Corona. El monarquismo del gran patricio fue fervoroso, o lo fue más bien su antirrepublicanismo. En 1910 se dio de baja en *El Poble CATALA*, el periódico de Corominas, porque halló un día en él cosas que le herían, como unos insultos «al pobre Marquina» y, sobre todo, esta aserción: «Catalunya será amb república o no será.» República es, para él, sinónimo de aún mayor democracia, y su postura hostil a ésta es explícita en numerosas páginas, especialmente en el ensayo «Tomás Carlyle y la democracia», autor del que encuentra «sublime» esta definición del parlamentarismo democrático: «La ficción legal legislativa, merced a la cual el país se impone legalmente a sí mismo su propio desorden.» Maragall parece monárquico por reacción y por convicción, pero ¿de qué monarquía? Las mismas reservas que mantiene hacia la España castellana subsisten ante el rey. Este visitó Cataluña en 1904; el escritor contó su estancia barcelonesa en uno de sus más resonantes trabajos, «De les reials jornades».

Se había hecho campaña para que la acogida resultara fría, de tal modo que esta frialdad hiciera notar al joven Alfonso XIII la magnitud de los agravios catalanes; pero la recepción fue muy cordial. Maragall sólo quiso verlo un momento y a distancia; no así el pueblo, que no puede ser indiferente a quien encarna el poder y acumula sobre sí seculares prestigios. No cabía hostilidad, porque nada había que oponerle al carecer la gente de un poderoso sentimiento catalanista. El regionalismo, obra de escritores, políticos e intelectuales principalmente, anda además escindido en querellas internas; se llegan a quebrantar posturas pactadas. El pueblo, sin una afirmación que oponer al rey de España, se le ha rendido. Hasta ha rodeado de afecto a Maura, a quien un anarquista ha hecho el obsequio de una leve puñalada. Las páginas de esta larga crónica se tiñen de melancolía. Añoran tal vez un rey más identificado con la variedad de sus pueblos y, seguro, a un pueblo más identificado consigo mismo, que no ha sido capaz de mostrar al monarca la severidad de sus anhelos mediante una recepción indiferente. Alfonso no es el rey ideal de Maragall, pero es el rey; he aquí un significativo fragmento correspondiente a la última jornada: «Aquest matí he sentit canonades i he obert el baleó. Plovia.

Un dematí emplujat d'abril! L'aire feia olor. Hi havia una pau pertot! S'ana-ven sentint, inofensivas, les canonades: el Reí marxava cap a Mallorca. He mirat vers la mar; mes la mar no es veia darrera la cortina de la pluja. Darrera aquella cortina la nau reial se'n devia anar mar endins cap a Mallorca. I, somrient, li he dit adéu an aquest reiet que no he vist mes que de molt lluny el dia de Tambada. I aixó d'un Rei de diviut anys embarcant-se cap a Mallorca, m'ha fet pensar en el nostre rei, en Jaume; i mel volia figurar con ell devia ésser llavors, i no podia; i m'he entristit...»

En 1908 don Alfonso volvió a Barcelona; la situación anterior se reprodujo y en Madrid, ante la cordial acogida, respiraron tranquilizados pensando en un catalanismo de poca monta. Maragall vio ahora de cerca al monarca; pudo espiar su rostro en el balcón de un edificio público: «Le vi muy de cerca, le vi bien; su cara pálida bajo el ros, aquella cara que parecía consumida por tantas miradas como se posan continuamente sobre ella; aquella cara exangüe por la lejanía del vigor primero de su raza, pero fuertemente sellada por el exasperado rasgo fisionómico con que quiere ésta hacerse más presente cuanto más remota; aquella cara fatigada, inexpresiva en aquel momento, como la de un ídolo, tenía ciertamente una majestad. Miraba, miraba vagamente lo que le mostraban, como quien tiene por oficio lo mismo el mirar que el ser mirado; miraba resbalando los ojos sobre aquella cosa de las mil que le habían enseñado ya (...); miraba como un rey. De pronto, unas señoras que estaban a mi lado cayeron en deliquio y prorrumpieron en un ¡Viva! Y el rey miró hacia allá; fijó su mirada, insistente un momento, pero fría, inexpresiva, soberana, que me heló la sangre. ¡En aquel instante, un solo instante, se me reveló como un dogma la irresponsabilidad, la inviolabilidad de los reyes!»

Estas dos últimas largas citas, correspondientes a la madurez plena de Maragall y separadas entre sí por cuatro años, dan el tono de su sentimiento monárquico: retraimiento aprensivo ante el jefe de un Estado centralista apenas sensible a las demandas de Cataluña; reconocimiento de la irresponsabilidad del monarca en la política de sus gobiernos; admiración ante la institución que encarna aquel rey, único con quien pueden contar los catalanes; rendimiento ante el hecho incuestionable de que el pueblo lo ha aclamado, infantilmente seducido por el poder... Y anhelo de que don Alfonso haga suyas las diferencias de aquel pueblo de su reino, tan diferente a los que le hablan en otras lenguas. La conclusión de este fluir de sentimientos en su alma se expresa con estas palabras: «El rey de España sigue siendo nuestro rey, y como tal lo hemos recibido, ni más ni menos. Los que esperaban o temieron otra cosa no atendían a la realidad, sino a su pasión, y algunos quizá a la voz de su conciencia. Póngase en paz con ella los que no quisieran que alguna vez pueda decirles que el encanto está roto, porque ellos pusieron de una parte algo para romperlo.»

Maragall —acabamos de verlo por esta exposición que ha pretendido serle fiel— fue voz del catalanismo burgués de su época. No poseía, sin duda, la complejidad del actual, que, sin embargo, no deja de estar impregnado por él en algunas de sus corrientes más activas. A los catorce lustros de la muerte del glorioso poeta, aquella idea —mejor, aquel sentimiento— que él expresó con clarividencia y belleza, ha sufrido una larga asechanza, que a él le hubiera conturbado sin abatirle: sabía, y lo repitió abundantemente, que en cada represión el nacionalismo se crecía. Hoy podría verlo en el punto más alto de su historia con unas libertades que en su tiempo le hubieran parecido inalcanzables, pero faltó aún de la unión que él siempre consideró previa al triunfo del ideal. Hallaría a un pueblo español menos africano, más introducido en el camino europeo que propugnó, mucho menos distante de Cataluña en abundantes cosas fundamentales y, sobre todo, con resistencia u hostilidad notablemente menor al reconocimiento de las peculiaridades catalanas. Por contra, seguiría encontrando los mismos radicales en los extremos encontrados, desde a quienes cualquier gesto catalán parece separatista hasta quienes con saña inexplicable han borrado de la toponimia y del nomenclátor callejero cualquier vestigio del castellano y hasta querrían desterrarlo del principado. Quizá no contarán ni con una mínima simpatía suya para esa causa.

¿Qué pensaría de la actual zarabanda autonomista, cuando tanto insistió en que lo justo no es repartir igualdad, sino atribuir a cada demandante lo que le corresponde y necesita? ¿Qué opinión le merecería nuestro parlamentarismo? No resulta difícil, en cambio, sospechar que en el nieto de don Alfonso hallaría realizado con bastante nitidez al monarca de los catalanes. Y no porque el abuelo fuera sordo al clamor de aquellos ciudadanos, sino porque —Maragall lo afirma— cualquier gesto de escucha era interpretado como desleal «catalanismo» del rey. Lo cierto es que este Estado de las autonomías, por desconcertado y artificial que parezca en su planteamiento y desarrollo, está más cerca del pensamiento maragalliano que la España férreamente centralizada de su tiempo y de tiempos más próximos. Cabe sospechar incluso que el desconcierto ha sido el precio —altísimo— que España ha debido pagar para que Cataluña, Vasconia y Galicia pudieran alcanzar el reconocimiento de sus diferencias. Lo cual hubiera sido imposible sin la cúpula de la monarquía, a falta tal vez de aquel muy hondo sustrato de españolía que Maragall intuía místicamente. Un ideal hispánico común no puede resultar de una suma de singularidades diferentes: es algo, insisto, que el escritor no acertó a comprender o formular. Pero sí por un impulso que proceda de arriba, por un rey que lo sea de todas las comunidades del Estado. Tal vez lo intuyera Maragall, pero no llegó a formularlo, me parece, con decisión.

En cualquier caso vuelvo a mi afirmación inicial: Maragall es de lectura obligada para todos los españoles preocupados por el ser y el cómo de su patria. Los no catalanes entenderán, que el nacionalismo, en la tendencia en parte aún viva que él representa, no atenta contra España, sino que aspira sencillamente a ser reconocido como una fuerza española capaz de contagiarse a los otros pueblos para construir una nación habitable por todos. Y parece

igualmente precisa una lectura de esas páginas por muchos catalanes, que probablemente las desconocen o que sólo de boca hablan con sus mismas palabras. La mendacidad supondría traicionar a Maragall; pero, en definitiva, ¿puede importarles mucho traicionar a quien es uno de los más geniales intérpretes del alma catalana?

F. L. C. \*